

# Una reflexión teórico-metodológica sobre el estudio de los '70: crisis nacional y transición política

Walter L. Koppmann

Facultad de Ciencias Sociales -UBA

[walter.koppmann@gmail.com](mailto:walter.koppmann@gmail.com)

## Resumen

En este artículo se presentan los lineamientos teórico-metodológico generales que conforman la matriz conceptual de una investigación aún en curso sobre el mundo de los trabajadores en los años 70 y de las corrientes políticas que en él intervenían. Durante este período, la movilización política ascendente de direcciones sindicales combativas, antiburocráticas y clasistas conformó lo que en este trabajo se conceptualizará como *vanguardia obrera revolucionaria*: los obreros industriales de los destacamentos fabriles urbanos como el sector políticamente más avanzado de una clase.

A partir de la perspectiva histórica que le abrió el Cordobazo a la organización independiente de las masas, la experiencia de los trabajadores argentinos entre 1969 y 1975 irrumpió en el medio de una transición política donde la burguesía y el proletariado protagonizaron una carrera contra el tiempo para dotarse de una dirección política propia.

## A modo de introducción

En este artículo se presentan los lineamientos teórico-metodológico generales que conforman la matriz conceptual de una investigación aún en curso sobre el mundo de los trabajadores en los años '70 y de las corrientes políticas que en él intervenían. Durante este período, la movilización política ascendente de direcciones sindicales combativas, antiburocráticas y clasistas conformó lo que en este trabajo se conceptualizará como *vanguardia obrera revolucionaria*: los obreros industriales de los destacamentos fabriles urbanos como el sector políticamente más avanzado de una clase.

Al calor de la crisis política que se desató en el marco de la retirada estratégica del régimen político de la Revolución Argentina —derrotado, fundamentalmente, a partir de la perspectiva histórica que le abrió el Cordobazo a la organización independiente de las masas—, la experiencia de los trabajadores argentinos entre 1969 y 1975 irrumpió en el medio de una transición política donde la burguesía y el proletariado protagonizaron una carrera contra el tiempo para dotarse de una dirección política propia que les permitiera hegemonizar el proceso político de masas que se desarrollaba al compás de la agudización de la lucha de clases.

De este modo, la maduración de la confrontación entre las clases planteaba la disputa por el poder social en los términos de, en un primer momento, la acumulación de poder político vía la organización de clase para, luego, pasar a la ofensiva, organizando ese poder para propinarle un golpe certero al rival y que bloqueara sus posibilidades históricas de desarrollo, ya sea desde el punto de vista del capital, o sea, de la reproducción de su hegemonía, la conservación del poder político y el aparato del Estado, ya sea desde el punto de vista de la clase obrera, cuyo objetivo estratégico es, justamente, fisonomizarse como caudillo hegemónico de masas y romper violentamente esta legalidad del *statu quo* a través de la conquista del poder político y el Estado para implantar sus propias formas económicas y políticas de la reproducción social. Según Hobsbawm, la existencia de estos dos momentos orgánicos en relación al poder político "... puede plantearse de otra manera. Cada clase tiene dos niveles de aspiración, al menos hasta que alcanza la victoria política: las exigencias específicas, cotidianas, inmediatas, y la exigencia, más general, del tipo de sociedad que le conviene. (Una vez alcanzada la victoria, esta segunda exigencia se convierte en conservadurismo." (Hobsbawm, 1984: 44)

Sobre las formas económicas y políticas que se modelan en los enfrentamientos cotidianos y siguiendo en este punto a Gramsci, la lucha contra la explotación y la opresión de los mecanismos que regulan la reproducción social capitalista se enraíza en la experiencia histórica concreta de las masas, mediante la cual se generan las instituciones de su propio estado (futuro) de organización social, es decir, que el estado socialista existe ya potencialmente en las instituciones de vida social característica de la clase trabajadora explotada. Se cita *in extenso*:

En una determinada etapa de este proceso, las nuevas fuerzas productivas no pueden ya desarrollarse y sistematizarse de manera autónoma dentro de los esquemas oficiales en los que se desarrolla la convivencia humana; en esta etapa determinada se produce el acto revolucionario, que consiste en un esfuerzo dirigido a romper violentamente estos esquemas, dirigido a destruir todo el aparato de poder económico y político, por medio de los cuales las fuerzas productivas revolucionarias estaban contenidas opresivamente, que consiste en un esfuerzo dirigido a vulnerar la máquina del estado burgués y a constituir un tipo de estado en cuyos esquemas las fuerzas productivas liberadas encuentren la forma adecuada para su desarrollo ulterior, para su expansión, en cuya organización

estas encuentren la ayuda y las armas necesarias y suficientes para suprimir a sus adversarios (Gramsci, 1920:109).

En otras palabras, el estado socialista no es todavía el comunismo sino el estado de transición que tiene el deber de suprimir la competencia con la supresión de la propiedad privada, de las clases, de las economías nacionales: este deber no puede ser cumplido por la democracia parlamentaria. Por lo tanto, la fórmula “conquista del estado” debe ser entendida en este sentido: creación de un nuevo tipo de estado, originado en la experiencia asociativa de la clase proletaria, y sustitución por este del Estado democrático-parlamentario. La creación del estado obrero no es, en resumen, un acto taumatúrgico sino, antes bien, un hacerse, un proceso de desarrollo que presupone un trabajo preparatorio de sistematización y propaganda (Gramsci, 1919: 96). En este punto, el rol de los partidos revolucionarios que intervienen en la realidad nacional y en el movimiento obrero se vuelve decisivo y determinante.

Como se analizará más adelante, la prefiguración de otras formas económicas y políticas de organización de la vida social durante el período 1969-1975 estuvo en la base de la llamada crisis “orgánica” argentina (Werner y Aguirre, 2009; Coggiola, 2006). De esta manera, una de las principales hipótesis de trabajo sostiene que la última dictadura militar (1976-1983), régimen de dominación de crisis, sobrevino a partir del avance y desarrollo de una experiencia de lucha y organización independiente de los trabajadores de características superlativas, propinándole a la clase una derrota efectiva aunque no decisiva y, específicamente, el aniquilamiento de su activismo organizado, una vanguardia obrera revolucionaria en vías de formación que perfilaba las tendencias más fundamentales del proletariado a su constitución como clase para sí y dirección hegemónica de los asuntos del país (caudillo nacional que disputa las formas económicas y políticas de la reproducción social).

### La clase obrera como caudillo hegemónico de masas

“No se trata de lo que directamente se **imagine** tal o cual proletario, o incluso el proletariado entero. Se trata de **lo que** es y de lo que históricamente se verá obligado a hacer por ese **ser**.”<sup>1</sup>

Karl Marx, “La sagrada familia”

La clase obrera, no solo por tener intereses diferentes a los de otras clases sino por ser *la* clase revolucionaria al encarnar las fuerzas que motorizan progresivamente la historia, lleva en su seno la tendencia a imponer autoritariamente su huella a todos los acontecimientos, a convertirse en dirección de los explotados, lo que supone que pugna incansablemente por darse sus propios medios de organización como uno de los requisitos para materializar su independencia de clase y entonces poder darle una expresión política, de *poder*, a sus intereses sociales, en el campo de la lucha política revolucionaria, entendida como el estadio de desarrollo más alto de la lucha entre las clases (Lora, 1978).<sup>2</sup>

Desde esta clave de interpretación, vale recordar la conocida definición de Lúkcacs

sobre la *conciencia de clase* como el sentido, hecho consciente, de la realidad histórica de la clase; se trata de la acumulación de un saber acerca de las condiciones materiales que atraviesa la clase y de su propia capacidad para cambiarlas (Lúkacs, 2009). Una clase tiene conciencia cuando conoce sus intereses y actúa de conjunto para imponerlos, intereses determinados objetivamente en la estructura social, más allá de las percepciones subjetivas. En este sentido, el proletariado aparece como sujeto y objeto de su propio conocimiento (autoconocimiento) lo cual comprende, esencialmente, un movimiento de autoconocimiento de la realidad a través de su transformación práctica (Zavaleta, 1988). Por lo tanto, el *poder* estaría dado por la capacidad de la clase obrera al tomar conciencia de sus propias determinaciones, inscriptas en una totalidad histórica determinada, conjugando la posibilidad objetiva de poder con la conciencia hecha *praxis* de dicha posibilidad, o sea, la clase obrera en tanto subjetividad consciente y actuante en el medio social.

Asimismo, la independencia de clase reviste un carácter esencial (y excluyente) en la medida en que el proletariado logra progresivamente acaudillar al movimiento nacional de explotados, es decir, en la medida en que consolida su hegemonía política como clase y, en el caso particular de las colonias y semi-colonias, como vanguardia al frente de la movilización antiimperialista. De este modo, cobran sentido las tesis de la Internacional Comunista, en particular su cuarto congreso, al diferenciar entre países oprimidos y opresores.<sup>3</sup> En virtud de la existencia de la fuerza externa imperialista, la lucha por la liberación de un país atrasado es “progresiva”, aunque esté dirigida por la burguesía nacional (condenada, tarde o temprano, a traicionar a la clase obrera) porque puede asegurar el libre desarrollo de la lucha de clases, es decir, lleva en su seno la posibilidad de que el proletariado acaudille a las masas y tome el poder, condición para la superación del atraso y la apertura de la perspectiva socialista.

En el caso concreto de la Argentina entre 1969 y 1975, se puede afirmar que el desenvolvimiento del proceso político de ascenso de las masas incidió y torció la subjetividad obrera a través de una mutación en su identidad política, o sea, la crisis de su referencia política anterior (el peronismo como movimiento nacionalista burgués *ergo* pregonero de la conciliación de clases) y el curso abierto hacia la constitución de una nueva fisonomía política basada en la independencia de clase; mutación que, finalmente, se vio claramente interrumpida luego de la huelga general de masas contra el gobierno de María Estela Martínez de Perón, en junio-julio de 1975.

No obstante, y a pesar de su derrota posterior a través del exterminio físico bajo la represión de la Triple A primero y el accionar de la dictadura de Videla luego (derrota efectiva aunque no por ello decisiva ni mucho menos definitiva), cada uno de los episodios de la lucha de clases argentina luego del Cordobazo de 1969 pavimentaron este camino de ofensiva de la clase obrera contra el descalabro de las relaciones sociales capitalistas y, lo que más nos interesa destacar aquí, la respuesta organizada de los sectores laboriosos frente al brutal ajuste de las condiciones de vida que implicaba el “Rodrigazo” fue una respuesta claramente activa y ofensiva y de ninguna manera defensiva o “de resistencia” como se plantea muchas veces de manera superficial (véase por ejemplo el trabajo de Werner y Aguirre, *Insurgencia obrera*, o el de Daniel James, *Resistencia e integración*).

A partir de esta propuesta de análisis, uno de los objetivos centrales de la investigación es delinear los contornos y límites de la ruptura política de los trabajadores con el movimiento peronista en general (como movimiento nacionalista burgués de masas) y con Perón en particular (en tanto líder político). Esto permitirá avanzar en una compren-

sión mayor sobre las dimensiones, magnitud y alcance histórico de la crisis de poder en Argentina (1969-1975) en relación a la experiencia de lucha y organización independiente de los trabajadores, dando cuenta del proceso de ruptura y enfrentamiento político con las direcciones burocráticas de los gremios y sindicatos así como también de la escisión histórica con respecto al peronismo en tanto forma política de dominación social, elemento clave a la hora de estudiar la mecánica peculiar entre las clases en los países oprimidos por el imperialismo. La caracterización del peronismo, por otro lado, abre una divisoria de aguas al momento de estudiar las premisas teóricas y el campo de acción de las corrientes políticas de izquierda intervinientes.<sup>4</sup>

### **El nacionalismo burgués: la regimentación política contra la independencia de clase**

Si de la opresión imperialista sobre el conjunto de la nación atrasada se deriva una mecánica peculiar entre las clases<sup>5</sup>, las formas políticas que adoptará la dominación de clase tendrán su expresión reiterada a través de la pequeña burguesía (el *militarismo*) y, más específicamente, en el nacionalismo de contenido burgués o bonapartismo.

En sí, el nacionalismo de contenido burgués aparece como una forma de mediación entre la burguesía y el proletariado, elevándose aparentemente por encima de la nación y oscilando entre uno y otro polo; es decir, el gobierno no aparece como un organismo ejecutivo de la mayoría parlamentaria sino como un juez-árbitro entre dos bandos en lucha. La idea de un árbitro de los destinos que se eleve por encima de las distintas clases no es otra cosa que la idea del bonapartismo. Siguiendo a Trotsky, si se clavan simétricamente dos tenedores en un tapón de corcho, este, aunque con oscilaciones pronunciadas hacia uno y otro lado, se sostendrá aunque sea sobre la cabeza de un alfiler: este es el modelo mecánico del super-árbitro bonapartista.<sup>6</sup> (Trotsky, 2012)

En términos conceptuales, se entiende por bonapartismo el régimen en el cual la clase económicamente dominante, pese a que cuenta con los medios necesarios para gobernar con métodos democráticos, se ve obligada a tolerar —para preservar su propiedad— la dominación incontrolada del gobierno por un aparato militar y policial, por un “salvador coronado”. Este tipo de situación se crea cuando las contradicciones de clase se vuelven particularmente agudas; el objetivo del bonapartismo es prevenir las explosiones. Como puente (o, mejor dicho, transición) entre la democracia y el fascismo —por ejemplo, en 1917 en Rusia, como nexo inestable entre la democracia y el bolchevismo—, aparece un “régimen personal” que se eleva por encima de la democracia y concilia con ambos bandos, mientras, a la vez, protege los intereses de la clase dominante (Trotsky, 1937).

Sin embargo, un gobierno que se eleva por encima de la nación no está suspendido en el aire. El verdadero eje del gobierno nacionalista pasa por la policía, la burocracia y la camarilla militar. Un gobierno del sable como juez-árbitro de la nación: precisamente eso se llama *bonapartismo*. El sable no se da por sí mismo un programa independiente: es el instrumento del “orden” que está llamado a salvaguardar lo existente. El bonapartismo, al erigirse políticamente por encima de las clases (como su predecesor el cesarismo), representa *en el sentido social*, siempre y en todas las épocas, el gobierno del sector más fuerte y firme de los explotadores (Trotsky, 1934).

De esta manera, y a fin de precisar la definición inicial, se comprende que el bonapartismo, más que un juez arbitral entre el proletariado y la burguesía, es, en realidad, el poder más concentrado de las clases dominantes sobre el resto de la nación. El bonaparte de turno, al poner sus botas sobre las espaldas de la nación, no puede

dejar de llevar a cabo una política de protección de la propiedad, de la renta, de los beneficios. El guardia no está en la puerta sino en el tejado de la casa; pero la función es la misma.

### **Crisis nacional y transición política**

Como primera aproximación al fenómeno de la transición política argentina se puede afirmar que la misma tuvo como base necesaria una crisis nacional. En los términos clásicos de Lenin, la transición significa que la burguesía no puede gobernar como lo venía haciendo, que ha entrado en crisis su forma de gobernar, y que esa crisis en su forma de gobernar está vinculada al hecho de que los trabajadores no toleran tampoco esa forma de gobernar ni toleran la crisis, las penurias, los dolores, el hambre y las angustias que generan esa forma de gobernar. Justamente, la crisis nacional se caracteriza particularmente porque todas las clases sociales están “molestas” con el orden de cosas y se observa un estado deliberativo general, esto es, cada cual da su opinión sobre los pasos a seguir para remediar la situación, contraponiéndose de esa forma distintas alternativas de resolución a la crisis.

Desde la también clásica formulación de Gramsci, la transición se plantea en los términos del poder relativo de las clases a partir de su capacidad de direccionar las palancas del Estado para plasmar sus propias formas económicas y políticas (en tanto representantes del interés general de la nación), es decir, en el marco de una determinada hegemonía que se desarrolla históricamente y cuya crisis se desencadena “...cuando lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer”; el viejo régimen se disuelve y el sujeto revolucionario, con su acción, reconstruye la sociedad sobre nuevas bases. En este sentido, se trata de una contraposición entre intereses sociales antagónicos que determinan orientaciones estratégicas diametralmente opuestas.

Sobre el telón de fondo de la crisis capitalista mundial de principios del '70, el desenvolvimiento creciente de la lucha política alcanzó nítidamente su *summum* en las jornadas de la huelga general de junio y julio de 1975, donde el movimiento popular, encabezado por los obreros industriales de las ciudades, enfrentó en las calles el programa de ajustes y tarifazos impulsado por el ministro de Economía, Celestino Rodrigo (episodio conocido como el “Rodrigazo”), y forzó la renuncia del gabinete lopezrreguista, tornando al gobierno de Isabelita un cadáver insepulto. En líneas generales, la disgregación política del peronismo diluía la identidad obrera anclada en esta representación y acicateaba el desenvolvimiento del clasismo frente a las direcciones burocratizadas de sindicatos y gremios.

En este contexto, los días de la burocracia sindical —proveniente fundamentalmente de la “ortodoxia” peronista— estaban contados. El movimiento ascendente de los trabajadores bregaba por una independencia política que solo la recuperación de sus herramientas sindicales y gremiales podía facilitar. Y el avance en esta línea fue arrollador: cientos de direcciones sindicales, gremiales, cuerpos de delegados y comisiones internas fueron ganados en estos años por representantes de los trabajadores de características antiburocráticas y combativas. La burocracia era una especie en vías de extinción; más bien, en vías de ser extinta por las nuevas camadas de jóvenes trabajadores cuya experiencia con el peronismo de los últimos años había bordeado los aspectos más entreguistas y capituladores del movimiento nacionalista.

### **“Todos juntos y al mismo tiempo”: la germinación de una vanguardia obrera revolucionaria**

En la Argentina de 1969, el Cordobazo marcó un hito en la evolución de la conciencia política de los trabajadores, abriendo la perspectiva de una organización histórica independiente de la clase obrera. La acumulación de poder social (lucha por las libertades democráticas y sindicales y el control obrero en el lugar de trabajo), y la asimilación de una profunda reflexión sobre la experiencia de masas basada en la lucha y la organización por reivindicaciones de carácter inmediato, evolucionó hacia una tónica política más nítida, diferenciándose y demarcando, en las áreas industriales de punta (corredor industrial Córdoba-Rosario-Buenos Aires), una vanguardia obrera revolucionaria.

Por *vanguardia* se entiende el sentido que le diera Lenin en uno de sus discursos del año 1922, titulado “Sobre el significado del materialismo militante”:

Uno de los más graves y peligrosos errores de los comunistas (como el de todos los revolucionarios que hayan coronado con éxito la etapa inicial de una gran revolución) es el de imaginarse que la revolución puede llevarse a cabo por los revolucionarios solos. Por el contrario, para el éxito de todo trabajo revolucionario serio, es necesario comprender y saber aplicar en la práctica el concepto de que los revolucionarios sólo son capaces de desempeñar el papel de vanguardia de la clase verdaderamente vital y verdaderamente de vanguardia. La vanguardia cumple sus tareas como tal vanguardia sólo cuando sabe no aislarse de la masa que dirige, sino conducir realmente hacia delante a toda la masa. Sin la unión con los no comunistas, en los más diversos terrenos de la actividad, no puede ni siquiera hablarse de ninguna construcción comunista eficaz.<sup>7</sup>

En este sentido, la vanguardia revolucionaria tiene la tarea de direccionar políticamente a los trabajadores en su movimiento de conjunto, representando el interés general del mismo por encima de cualquier elemento particular y buscando permanentemente aunar bajo un programa político común y una estrategia revolucionaria al conjunto de los explotados.

Por otra parte, ya desde el *Manifiesto comunista* Marx había planteado políticamente el problema del partido de la vanguardia revolucionaria de la clase obrera:

Los comunistas no forman un partido distinto frente a otros partidos obreros (...) Prácticamente, los comunistas son, entonces, la fracción más decidida de los partidos obreros de todos los países, la que siempre empuja hacia delante; teóricamente tienen la ventaja, sobre el resto de la masa, de comprender las condiciones, la marcha y los resultados generales del movimiento proletario (...) Ellos (los comunistas) no tienen intereses separados de los de todo el proletariado: no establecen principios particulares sobre los que querrían modelar el movimiento proletario. Los comunistas no se diferencian de otros partidos proletarios más que a partir de dos puntos: por un lado, en las diversas luchas nacionales de los proletarios, proponen y destacan los intereses comunes de todo el proletariado e independientes de la nacionalidad; y, por otro lado, en las diversas fases que atraviesa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan constantemente el interés del movimiento total.<sup>8</sup>

En los años previos al Cordobazo, el movimiento obrero había protagonizado dos grandes períodos de marcado ascenso y tenaz lucha política: el primero, entre 1955 y 1959, coincidente con la resistencia de los trabajadores frente a la ofensiva de la dictadu-

ra militar de la “Revolución Libertadora” (o “fusiladora”), punto de partida del ciclo de gobiernos gorilas que venían a derrotar y disciplinar a la clase obrera a fin de aplicar los planes de productividad industrial tan exigidos por el empresariado;<sup>9</sup> el segundo período, luego de un cierto momento transitorio de derrota y reflujo (fruto de la brutal política represiva del gobierno de Frondizi<sup>10</sup>), se ubica entre 1961 y 1965, dando pie a una camada de jóvenes activistas antiburocráticos y combativos que realizaron una profunda experiencia con la burocracia sindical peronista, en particular, con las traiciones sucesivas del vandorismo, cabeza de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM). La prolongada confrontación obrera con estos gobiernos produjo una cultura política de lucha y resistencia en medio de la cual creció la generación de los '70.

A su vez, para aquel momento, más de 1.350.000 trabajadores estaban ocupados en la industria, muchos de ellos en grandes plantas de miles de obreros, y su peso estructural y económico se había incrementado con el dinamismo de varias ramas de la producción a partir de la concentración y centralización capitalistas y las transformaciones operadas en la economía nacional fruto de la profundización de la penetración imperialista, fundamentalmente de origen norteamericano. Particularmente durante el gobierno “desarrollista” de Frondizi<sup>11</sup> se desarrollaron de forma exponencial las industrias siderúrgica, automotriz y petroquímica, ubicadas en la franja geográfica que va de la provincia de Córdoba pasando por el cordón industrial del río Paraná, englobando el Gran Buenos Aires y la Capital Federal. Estas concentraciones industriales fueron las que jugaron un papel de vanguardia en el ascenso que se inició con el Cordobazo.

### **Prefiguración concreta de una experiencia de masas**

Como se mencionó en párrafos anteriores, el Cordobazo dio lugar a un auge creciente de la lucha de clases cuya evolución en términos de la lucha política fue continuada en la serie por el Rosariazo, el Tucumanazo, el Choconazo, el Rocazo, el Mendozazo y, nuevamente en Córdoba, el Viborazo de 1971. Todas fueron huelgas políticas de masas que siguieron la huella del Cordobazo, ocupando el centro de la escena hasta 1972. Todos estos “azos” —que hasta en la epistemología se reconocen como herederos del Cordobazo— tienen en común el haber sido gigantescas huelgas políticas de masas que, en su desarrollo, se convirtieron en semi-insurrecciones populares contra el poder político del Estado (Oviedo, 1999).

El Cordobazo abrió una crisis revolucionaria, es decir, de poder, en la Argentina, que la burguesía y el imperialismo resolvieron a su favor mediante el retorno de Perón. Fue la presión de la movilización popular, la amenaza concreta que se cernía sobre la dominación burguesa, las que replantearon la cuestión del mantenimiento de la dictadura de Onganía. Luego de catorce años de haberlo proscripto, era necesario reencauzar las relaciones con el peronismo y con Perón. Era necesaria una presencia política más activa de Perón y el peronismo para contener y desviar la radicalización de las masas.

### **Quiebre de la “Revolución argentina” y retorno de Perón como garante político**

Siguiendo el periódico de la organización Política Obrera,

...el 17 de noviembre de 1972, en medio de una persistente lluvia, Perón retornó al país después de 17 años de exilio. El Aeropuerto de Ezeiza estaba prácticamente cercado por más de 35.000 efectivos



con tanques y artillería. El “charter” de Alitalia en que llegó Perón transportaba una abigarrada comitiva compuesta por dirigentes peronistas, de los partidos gorilas aliados al peronismo, de líderes empresarios y de burócratas sindicales. (...) La ‘movilización’ no fue tal. Fue desorganizada desde arriba por la dirección peronista. Perón había declarado reiteradamente que su retorno tenía un propósito de ‘unión nacional’ y de ‘pacificación’, y este propósito se puso en práctica desde el mismo momento de su arribo al país. (...) Finalmente, después de 17 años, el líder proscrito concretaba su retorno. La frustración del anterior intento de 1964 era el resultado de que ni la burguesía ni el imperialismo precisaban, en ese entonces, de su retorno al país. ¿Qué había cambiado, entonces, en 1972, para hacer posible el Retorno?

La respuesta a esta pregunta se halla informada directamente por el vertiginoso ascenso de la lucha de los trabajadores contra el régimen. En efecto, y retomando los planteos de Coggiola (2006), las características del período revolucionario abierto por el Cordobazo se derivan de los problemas que salió a enfrentar: a) fue una rebelión contra la miseria originada en el estancamiento crónico de la economía argentina, o sea, una expresión subjetiva de la *rebelión de las fuerzas productivas* contra el atrasado capitalismo semicolonial; b) fue un levantamiento contra la entrega del país llevada adelante por los Krieger Vasena, esto es, un *alzamiento antiimperialista* liderado por la clase obrera; c) fue la expresión abierta del combate contra la integración vandorista al onganiato, por lo que abrió un vasto período de *luchas antiburocráticas*, cuyos puntos máximos fueron la recuperación *clasista* del SITRAC/SITRAM (1970), el Plenario Nacional Clasista por ellos convocado (agosto de 1971), la recuperación del SMATA Córdoba por la Lista Marrón antiburocrática encabezada por Salamanca (1972). En cierto modo, una carrera contra el tiempo, para dotarse de una dirección política, es protagonizada por la burguesía y el proletariado.

De este modo, una de las principales hipótesis de este trabajo es que hacia 1975 la sociedad argentina atravesaba una crisis social de enorme magnitud, la cual se desarrollaba sobre el mar de fondo de una crisis capitalista mundial. En este sentido, el derrumbe político de las clases dominantes expresó un quiebre del poder social y, por lo tanto, la gestación de las condiciones inherentes a una situación revolucionaria, entendida esta última según la definición clásica de Lenin (*in extenso*):

¿Cuáles son, en términos generales, los síntomas distintivos de una situación revolucionaria? Seguramente no incurrimos en error si señalamos estos tres síntomas principales: 1) La imposibilidad para las clases dominantes de mantener inmutable su dominación; tal o cual crisis de las “alturas”, una crisis en la política de la clase dominante que abre una grieta por la que irrumpe el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que estalle la revolución no suele bastar que “los de abajo no quieran”, sino que hace falta, además, que “los de arriba no puedan” seguir viviendo como hasta entonces. 2) Una agravación, fuera de lo común, de la miseria y de los sufrimientos de las clases oprimidas. 3) Una intensificación considerable, por estas causas, de la actividad de las masas, que en tiempos de “paz” se dejan expoliar tranquilamente, pero que en épocas turbulentas son empujadas, tanto por toda la situación de crisis, como por los mismos “de arriba”, a una acción histórica independiente.

Sin estos cambios objetivos, no sólo independientes de la voluntad de los distintos grupos y partidos, sino también de la voluntad de las diferentes clases, la revolución es,

por regla general, imposible. El conjunto de estos cambios objetivos es precisamente lo que se denomina situación revolucionaria.

En otras palabras, los desequilibrios estructurales de la economía argentina y un déficit soberano crónico (bancarrotas de las finanzas estatales) impactaron sobre el mapa de las clases, agudizando la disputa por la riqueza social y catalizando la lucha de clases hacia formas cada vez más conscientes, visibles *ergo* politizadas. En efecto, los conflictos en torno al control obrero de la producción y la búsqueda por imponer la democracia obrera en los lugares de trabajo aparecieron como las expresiones más inmediatas y palpables de este ascenso de la lucha de clases y, más específicamente, como los pasos necesarios para preparar y desarrollar (en términos de acumulación de poder) una lucha política por la dirección de la sociedad y su transformación revolucionaria. La constante irrupción de las masas en los acontecimientos del período expresó la incapacidad de la burguesía por modelar el medio social a su imagen y semejanza, poniendo en jaque su dominio y control de la situación.

Como conclusión general, se puede afirmar que cuando la burguesía como clase dirigente de la producción social se convierte en su agente desorganizador (por ejemplo, con un “Rodrigazo”, una política combinada de ajuste, tarifazos y recesión económica), la clase obrera, ligada más que los otros elementos de la sociedad a la producción en los grandes centros industriales, en las fábricas y en los talleres, comprende que esta contradicción es insostenible y, por añadidura, que tal contradicción por sobre todo produce la miseria social que la rodea, su exterminio en masa por efecto de la desocupación y el colapso más general de la vida social toda. En este rumbo apunta la “Resolución sobre el control obrero” de la Internacional Sindical Roja, datada del Congreso de 1921, cuando afirma que

...en las filas obreras surge espontáneamente la necesidad de poner en claro la función que tiene la burguesía en la organización de nuestros días, de examinar cómo ella satisface esa tarea. De esto deriva la aspiración de proceder prácticamente a la reorganización de todo el sistema productivo, según los intereses de los trabajadores. Esta tendencia es en realidad el prólogo de la solución de la contradicción, del derrocamiento del obstáculo fundamental constituido por el régimen capitalista, mediante la violencia de la revolución social; y se concreta en la forma del control obrero sobre la producción.<sup>12</sup>

El dominio de los trabajadores sobre el espacio laboral, por lo tanto, configura una situación de crisis del esquema de funcionamiento capitalista de la producción (de hecho, expresa manifiestamente su contradicción insalvable) y, al mismo tiempo, prefigura las formas económicas de la reorganización social bajo la dirección de otra clase.

### **Un cierre provisorio**

Luego de haber esbozado algunos de los elementos esenciales a la hora de analizar la relación entre las clases y su interacción con el metabolismo social general, se puede avanzar en una serie de conclusiones (o nuevos puntos de partida) para el estudio de la gestación de una vanguardia obrera revolucionaria en Argentina.

En primer lugar, su emergencia política, es decir, su desarrollo como un sujeto con características cada vez más propias y definidas, tuvo como marco histórico necesario la transición política argentina, esto es, una crisis de poder social, una crisis nacional ancla-

da sobre la base de una crisis económica explosiva (Rodrigazo), una experiencia política agotada con el peronismo en tanto movimiento nacionalista burgués de masas y el ascenso del clasismo en tanto herramienta política de reagrupamiento en los sindicatos y gremios.

En segundo lugar, rebasa el espacio de este trabajo pero es menester destacar que dicho ascenso obrero encontró límites claros y reparos de todo tipo del lado de sus organizaciones políticas, caracterizadas casi la mayoría de ellas por hacer "seguidismo" en términos políticos, programáticos y estratégicos, del peronismo y de su líder, ya fuera: a) conformando parte de su movimiento (Montoneros-Juventud Trabajadora Peronista) sin la capacidad para hacer una crítica socialista de la política suicida que significaba tanto el apoyo al propio Perón (organizador de su masacre vía la Triple A) como el curso de una política foquista y militarista, o sea, de una política que no tenía como punto de partida y, como base necesaria, la lucha de clases; b) siendo externo al movimiento pero compartiendo algunos de sus supuestos políticos como es el caso del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) en lo relativo a la conciliación de clases con los sectores "democráticos" de la sociedad (comprendido dentro de ellos la llamada "burguesía nacional"), es decir, lo que se conoce como el planteo estratégico del "frente popular" en oposición a la dictadura del proletariado; c) ídem b) aunque a través del planteo de defensa de la "democracia" (burguesa) en abstracto como fue el caso del Partido Socialista de los Trabajadores (PST), quien conformó el "Grupo de los 8" junto con el resto de la partidocracia burguesa en el momento de liquidación de las libertades democráticas y exterminio físico de las personas por parte de este mismo régimen político; d) por último, aunque en el mismo sentido que el anterior, es el caso del Partido Comunista Revolucionario (PCR), quien en 1975, capitaneado por Otto Vargas, llamó a defender al gobierno "popular" de Isabel Martínez de Perón frente al golpe de Estado de su general, Videla.

En tercer lugar, esta sucinta caracterización de las corrientes políticas tiene el sentido de dejar planteada la profundización del estudio sobre el conjunto de los aspectos y factores que hacen al desarrollo de la vanguardia obrera revolucionaria y a su ligazón mediante un vínculo de reciprocidad constitutiva y constituyente con las organizaciones políticas de izquierda. Dicho de otra manera, queda pendiente el abordaje más pormenorizado sobre el tránsito hacia la fusión del movimiento obrero y la izquierda revolucionaria en tanto perspectiva y referencia política general sin la cual un movimiento de clase jamás alcanzó a fisonomizarse como tal.

Por último, y en relación a esta última dimensión, la tarea fundamental es la de esbozar en sus contornos esenciales la fisonomía política de la clase obrera argentina a partir de la crisis del nacionalismo burgués en tanto forma política de dominación de clase y de su alcance histórico en términos del horizonte de visibilidad de clase que esta crisis deja planteada.

## Notas

<sup>1</sup> [Negrita en el original]

<sup>2</sup> Según la conocida expresión del Manifiesto comunista “A veces los obreros triunfan; pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato sino la unión cada vez más extensa de los obreros. Esta unión es favorecida por el crecimiento de los medios de comunicación creados por la gran industria y que ponen en contacto a los obreros de diferentes localidades. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en una lucha nacional, en una lucha de clases. Mas toda lucha de clases es una lucha política. (...) Esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político, es sin cesar socavada por la competencia entre los propios obreros. Pero surge de nuevo y siempre más fuerte, más firme, más potente.”. Ver Marx, Karl, *El manifiesto comunista*, 1848.

<sup>3</sup> Ver Lenin, Vladimir, “Primer esbozo de las tesis sobre los problemas nacional y colonial (para el II Congreso de la Internacional Comunista)” en *Tres artículos de Lenin sobre los problemas nacional y colonial*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1975, disponible en <http://www.marx2mao.com/M2M%28SP%29/Lenin%28SP%29/DTNCQ20s.html>

<sup>4</sup> Véase al respecto Coggiola (2006), Pozzi y Schnieder (2000), Werner y Aguirre (2009).

<sup>5</sup> La “mecánica peculiar entre las clases” se fundamenta en que la opresión que genera el yugo del imperialismo sobre el conjunto de la nación, es decir, no sólo sobre el proletariado sino también sobre el resto de las clases (incluida la burguesía nacional), hace brotar una contradicción peculiar de intereses entre la burguesía imperialista y las clases dominantes nativas. De allí, la conocida expresión acerca de la burguesía nacional como un “enano” entre dos gigantes (el imperialismo y el proletariado). Véase Lora, *op. cit.*

<sup>6</sup> Ver el capítulo XXIX, “Kerenski y Kornilov (*Elementos de bonapartismo en la Revolución Rusa*)” en Trotsky (2012).

<sup>7</sup> Ver la compilación estalinista: Lenin, Vladimir, *Marx – Engels – Marxismo*, Editorial Progreso, Moscú, 1967, pág. 471.

<sup>8</sup> Ver “La teoría del partido (1846-1848)” en Löwy (2010).

<sup>9</sup> Es significativo, en este sentido, el “Congreso de la Productividad”, convocado por Perón en 1954, donde uno de los puntos fundamentales a tratar era la persistente “indisciplina” obrera en los lugares de trabajo y el férreo control de las comisiones internas y los delegados por sobre el proceso productivo.

<sup>10</sup> La cual tuvo como punto máximo el plan CONINTES (Conmoción Interna del Estado), plan represivo aplicado bajo el gobierno de Frondizi que designó al ministro de Ejército Franklin Lucero como comandante en jefe de la operación y le autorizó a establecer el toque de queda y a adoptar las medidas necesarias “para lograr la más rápida y eficaz represión de todo acto de alteración del orden público, violencias contra las personas o bienes públicos o privados, servicios públicos, templos o establecimientos religiosos, sabotajes, depredaciones, etc.”. El Plan CONINTES, por otra parte, habilitó a las Fuerzas Armadas para reprimir las huelgas y protestas obreras y poner a los activistas bajo jurisdicción de los tribunales militares.

<sup>11</sup> Gobierno que, entre otros beneplácitos, contó con el del líder del movimiento proscrito, Perón, quien ordenó votar por Frondizi en el 1958. Significativamente, en esas elecciones donde Frondizi gana, los más de 800.000 votos en blanco representan la tercera fuerza.

<sup>12</sup> Ver “Resolución sobre el control obrero”, aprobada en el 1° Congreso de la Internacional Sindical Roja, realizado entre el 3 y 19 de julio de 1921.

## Referencias

- Coggiola, Osvaldo (2006) *Historia del trotskismo en Argentina y América latina*, Ediciones ryr, Buenos Aires.
- Gramsci, Antonio (2007) *Escritos políticos (1917-1933)*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Hobsbawm, Eric (1984) *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Editorial Crítica, Barcelona.
- Lenin, Vladimir (1967) *Marx – Engels – Marxismo*, Editorial Progreso, Moscú.
- Lora, Guillermo (1978) *Estudios Histórico-Políticos sobre Bolivia*, Ediciones El Amauta, La Paz.
- Löwy, Michael (2010) *La teoría de la revolución en el joven Marx*, Ediciones Herramienta, Buenos Aires.
- Lúkacs, Georg (2009) *Historia y conciencia de clase*, Ediciones ryr, Buenos Aires.

James, Daniel (2010) *Resistencia e integración*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Marx, Karl (1848) *El manifiesto comunista*.

Oviedo, Luis (1999) "1969-1999: El Cordobazo", sección especial de Prensa Obrera n°628 en el 30° aniversario del Cordobazo.

Pozzi, Pablo y Schneider, Alejandro (2000) *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*, Eudeba, Buenos Aires.

Trotsky, León (2012) *Historia de la revolución rusa*, Ediciones ryr, Buenos Aires.

----- (1937) "Otra vez, sobre la cuestión del bonapartismo" escrito en *Quatrième internationale*, fechado febrero de 1937, disponible en <http://www.razonyrevolucion.org/secciones/dialectica/32.pdf>

----- (1934) "Bonapartismo y fascismo", fechado el 15 de julio de 1934, disponible en <http://www.ceip.org.ar/escritos/Libro4/html/T06V108.htm>

Werner, Ruth y Aguirre, Facundo (2009) *Insurgencia obrera en la Argentina (1969-1976)*, Ediciones IPS, Buenos Aires.

Zavaleta, René (1988) *Clases sociales y conocimiento*, Editorial Los amigos del libro, La Paz.